



La interpretación o la búsqueda del sentido más allá de las palabras

Ana María Granero de Goenaga

La ponencia presentada por la profesora Ana María Granero de Goenaga en las VI Jornadas de Actualización Profesional, estuvo dedicada a trazar los paralelismos que existen entre lengua oral y escrita, por un lado, y traducción e interpretación, por el otro. A partir de allí, analiza el proceso de interpretación dividiéndolo en tres etapas: la de comprensión, la de desverbalización y la de re-expresión.

La interpretación, o la búsqueda del sentido más allá de las palabras

Interpretar es decir en una lengua lo que ha sido dicho en otra. Esta es la definición de interpretación más completa y más simple que he oído. Pero, ¿no es ésta también la definición de traducción?

Estas dos profesiones persiguen el mismo objetivo, se basan en el mismo principio de acción, en la misma teoría, pero la tarea del traductor no es la misma que la del intérprete. La traducción parte de un texto escrito y termina en un texto escrito, la interpretación parte de un texto oral y termina en un texto oral. La diferencia es crucial.

En traducción el pensamiento que se estudia, se analiza y se reformula en otra lengua, se presenta en una forma fija: el texto escrito. Bueno o malo, dicho texto tiene una forma fija e inmutable, permanente en el tiempo.

La traducción tiene las mismas características del texto original y como él está dirigido a un público que el traductor no conoce en la mayoría de los casos.

Otra cosa es la interpretación: ésta se realiza en presencia de los interlocutores que intercambian mensajes cuyas palabras son evanescentes y cuyo valor semántico es fundamental. El intérprete está presente en el diálogo y su palabra apunta directamente al oyente de quien espera una reacción.

La interpretación, manifestación más instantánea que la traducción, es también más antigua. En efecto, el habla, ligada a la actividad de los antepasados del hombre contemporáneo, apareció mucho antes que la escritura: hacia el año 1500 antes de nuestra era aparecen en Fenicia los primeros alfabetos consonánticos, y hacia el año 750 antes de Cristo se instalaban en Grecia los alfabetos vocálicos. Estos datos, extraídos del libro *El gesto y la palabra* de Leroi-Gouthan, nos muestran la anterioridad de lo oral.

La escritura, al dar una forma gráfica al habla, fijó las lenguas y permitió el estudio de las mismas.

La lingüística contemporánea tomó como centro de interés, las normas fijas de las lenguas, sus estructuras, morfología y sintaxis, como así también la semántica de las mismas, dejando en gran parte de lado el uso individual de la lengua, caracterizado principalmente por su forma oral, el discurso.

Al igual que las teorías del lenguaje, las teorías de la traducción se caracterizan por tener como objeto de estudio el texto escrito. Y muchas de ellas, felizmente no todas, giran en torno a problemas lingüísticos (diferencias sintácticas, intraducibilidad de algunas palabras, ambigüedad).

“El habla que, durante milenios — nos dice Marianne Lederer — fue el único carácter distintivo de la humanidad, poco atrajo a los investigadores, fuera de sus aspectos vocálicos cuyo estudio dio origen a las ciencias

de la fonética y de la fonología y a algunas investigaciones sobre prosodia.”

Se piensa que el oral, lenguaje aproximativo, comparado con el escrito, no puede encarnar pensamientos profundos. Y aún en esta época de auge de lo audio-visual, se sigue pensando que sólo lo escrito es serio, probablemente porque lo escrito queda. Pero hay que hacer notar que la experiencia del intérprete de conferencia demuestra que las ideas expresadas por políticos, investigadores, artistas, médicos, industriales, etc. en conferencias o mesas redondas, van más allá de lo banal de la conversación, a menudo considerada como modelo de la lengua oral.

La interpretación es una traducción natural, pues, al estar basada en un material oral, posee todos los elementos de sentido que a veces no son muy evidentes en la traducción escrita: los interlocutores están presentes, nada separa en el tiempo y en el espacio los mensajes que intercambian, la lengua empleada es actual, los temas tratados se inscriben en una experiencia común.

Es por eso que puede afirmarse que la interpretación es la operación traductiva más elemental, cuyas modalidades no difieren de las del normal funcionamiento de la lengua. Al ser considerada algo tan natural, es comprensible que durante mucho tiempo no se la enseñara.

La necesidad de formar intérpretes se advierte al terminar la Segunda Guerra Mundial con el flujo de información que se genera. Surgen entonces las primeras escuelas de interpretación que no colmaron, por cierto, las expectativas de los intérpretes formados por la experiencia, entre ellos, Danika Seleskovitch, pionera de la teoría de la interpretación basada en el sentido.

Seleskovitch nos dice que esas escuelas nacieron en un momento de la historia del pensamiento en que el behaviorismo norteamericano y el estructuralismo europeo dejaban de lado el sentido para estudiar los signos lingüísticos. No era raro, entonces, que la traducción fuera concebida como una operación sobre las lenguas y que las escuelas de intérpretes se limitaran a la enseñanza de las lenguas.

Hacia 1956, Danika Seleskovitch

y Nadeau emprenden la renovación de una escuela de intérpretes que desde no hacía mucho tiempo funcionaba en la Sorbona, y en 1957 nace la ESIT (Escuela Superior de Intérpretes y de Traductores), en cuyas teorías nos inspiramos en la Escuela Superior de Lenguas de la Universidad Nacional de Córdoba, en nuestros cursos de “Introducción a la Interpretación”.

Quiero destacar que, si por mi formación y por esas oportunidades que da la vida, me he interesado en la Escuela de Intérpretes de París y en la de Ottawa, no puedo dejar de citar otras grandes escuelas de Interpretación: la de Ginebra y la de Heidelberg, por hablar de las más antiguas y prestigiosas.

El acto traductivo

Los invito ahora a centrarnos en el “acto traductivo” (según la expresión de Luis Prieto) de la interpretación. El proceso de interpretación consta de tres etapas: la comprensión, la “desverbalización” y la reexpresión.

La primera etapa es la fusión de los significados lingüísticos y de los conocimientos extra-lingüísticos. De esta fusión nace el sentido.

En la clase de interpretación los estudiantes advierten inmediatamente que el sentido se distingue de los significados de las palabras y de las frases por la fusión con un saber anterior; esta fusión opera siempre en situación de interlocución. El “yo”, fuera de situación, es un pronombre; dicho en situación de interlocución, este pronombre es asociado con la persona que habla y es a ella a quien se identifica con ese término.

En cualquier lengua, las palabras se comprenden no sólo por el valor propio de cada una de ellas sino también por el saber al que se asocian. A ese saber se le ha llamado complemento cognitivo. Aquí es preciso aclarar, que lo que es válido para el intérprete, lo es también para cada uno de nosotros: nadie recibe una información en un cerebro vacío, o donde sólo hay competencia lingüística. Según Piaget, toda percepción es recibida por un conjunto de esquemas que asimilan las percepciones y se acomodan a ellas. La percepción de

los enunciados lingüísticos es tratada por el cerebro de manera análoga a todas las otras que provienen del mundo que nos rodea y que tienen también su significado.

La idea de complemento cognitivo explica claramente la diferencia entre el sentido de un segmento discursivo y el significado de su formulación verbal. Citemos, a título ilustrativo, el ejemplo siguiente. De la transcripción de la intervención del Administrador principal en la Dirección General del medio ambiente, seguridad nuclear y protección civil de la Comisión Europea (1994), extraje el texto que sigue, de punto a punto: *Ave CORINE, on mettrait sur pied un système, un réseau d'information entre tous les partenaires et un instrument de dialogue pour la mise en oeuvre de la politique de l'environnement.*

La formulación verbal del párrafo citado refiere a un proyecto que el locutor implementaría con la ayuda de Corina. El complemento cognitivo, el saber anterior, permite comprender que Corina es un Programa de acción para explorar el interés y la factibilidad de un sistema comunitario de información sobre el medio ambiente.

Es que lo que llamamos sentido no es lo que la semántica y la lexicografía designan con este término, a saber el aspecto conceptual de las palabras o de las estructuras gramaticales. Esto que la escuela de París llama "significado lingüístico" corresponde al sentido de las palabras fuera del uso que de ellas se hace en el habla.

El sentido del habla, es decir, el transmitido por el mensaje; no se encuentra de manera clara en cada palabra, en cada frase, sino en el texto, oral en nuestro caso, a medida que éste se va desarrollando. La interpretación demuestra que si, en el campo de la lengua, lo fónico signifi-

ca conceptualmente, estos mismos significantes, dentro del discurso, adquieren sentidos que van más allá de las palabras.

El hecho de haber insistido en el mecanismo fundamental de la interpretación, no nos exime de aclarar que para interpretar es preciso un buen conocimiento del tema y de las lenguas que se utilizan.

En efecto, el intérprete debe conocer suficientemente el tema del cual se está hablando, para poder analizarlo, pero no es preciso que sea un especialista en el mismo pues no es él quien debe opinar, exponer o debatir.

Parece una perogrullada, pero es imposible comprender aquello de lo que no se oyó nunca hablar, pues, como vimos al comienzo de esta etapa, comprender es asociar elementos de información a un conocimiento o a una experiencia anterior.

Ahora bien, si los conocimientos de los participantes en una conferencia internacional son, en sus respectivos campos, muy superiores a los del intérprete, en un aspecto, el conocimiento del intérprete es superior, y este campo es el de las lenguas. Aquí vale la pena hacer una aclaración: para el intérprete, el conocimiento de las lenguas no es un objetivo, es una condición indispensable para que la interpretación, tal como se la ha definido, pueda llevarse a cabo. Más aún, la percepción que el intérprete debe tener de la lengua extranjera debe ser prácticamente equivalente a la que tiene un hablante nativo de esa lengua, ya que, a lo largo de su vida profesional, tendrá que reconocer los diferentes tipos de acentos. Sabemos que en francés, no es lo mismo el acento del Canadá, de Bélgica, de Haití, del África o de Suiza, como en inglés, no lo es el de Gran Bretaña, Norteamérica o Australia, sin contar el de los expositores rusos, polacos o rumanos que se expresan en francés

y el de los japoneses que lo hacen en inglés.

Para terminar con la etapa de comprensión dentro del proceso de interpretación, diremos que hay palabras que tienen el mismo valor fuera de contexto y en el discurso. Estas palabras que son, según Seleskovitch "objetos de saber y no de comprensión", se traducen directamente. Tal es el caso de las cifras, los nombres propios y las enumeraciones de términos técnicos.

Si se los ha denominado "objetos de saber" es porque es preciso conocerlos.

En mis clases, he implementado ejercicios de interpretación de listas de nombres propios, geográficos especialmente, pues si los desconoce, el intérprete, en el ejercicio de su profesión, puede verse en serias dificultades. Cito a este respecto el caso de un estudiante que estaba interpretando una cinta grabada en la que se hablaba de la India. Ante la frase: *Les gens buvaient l'eau du Ganges*, el estudiante, que desconocía el nombre del río en francés, interpretó de la siguiente manera: "La gente tomaba el agua Dugange", como nosotros diríamos *Villavicencio*.

A esta primera etapa de comprensión, en la que, más allá de las palabras, el intérprete ha captado el sentido de lo que oye, sucede otra etapa durante la cual desaparecen las formas verbales, el vehículo o el medio que ha permitido llegar a ese sentido, y éste queda liberado de las formas de la lengua fuente. Esta etapa de "desverbalización" es indispensable para que el intérprete encuentre las formas de expresión propias de su lengua y llegue a establecer equivalencias válidas respecto de la otra lengua.

El profesor de interpretación debe fomentar más que una comparación de las lenguas, una disociación de las

La interpretación es la operación traductiva más elemental, cuyas modalidades no difieren de las del normal funcionamiento de la lengua. Al ser considerada algo tan natural, es comprensible que durante mucho tiempo no se la enseñara.

mismas y concentrar su enseñanza en las propuestas de interpretación que hacen los estudiantes, recordándoles que existen elementos discursivos diferentes de los lingüísticos que hacen a la conformación del sentido. Tal es el caso de los gestos y de los supra-segmental.

Llegar a la desverbalización y a la independencia lingüística, indispensables para lograr una interpretación exacta e inteligible, es a veces difícil por la tendencia a buscar correspondencias entre las lenguas en lugar de crear equivalencias de sentido.

Una vez que desaparece la forma verbal que había tomado el mensaje del orador, aparece, en su lugar, el pensamiento del intérprete. De esta manera, el mensaje vuelve al estado de concepto no formulado, semejante al estado en que se encontraba antes de ser expresado por el orador y listo para ser expresado nuevamente por el intérprete.

La "versión-intérprete", al ser la expresión espontánea de una idea, es independiente de la lengua extranjera. Y esto gracias a la desverbalización.

En la reexpresión, la tercera etapa del proceso de interpretación, vemos que la independencia de la lengua extranjera es, en algunos casos, relativa.

En efecto, el intérprete, si bien trata de evitar al máximo las impropiedades y de buscar la expresión adecuada, no se considera un purista. Para él, la lengua es un medio de comunicación que evoluciona constantemente y es capaz de adaptarse a situaciones momentáneas.

Sabe, por ejemplo, que *software* y *hardware* son términos generalizados aquí en la Argentina y aunque estos anglicismos puedan chocarle, no tratará de buscar equivalentes pues sabe que la audiencia comprende perfectamente de lo que se trata.

Sabe también que en francés el término *standardisation* es un anglicismo y que su equivalente es *normalisation* pero como no ignora el matiz peyorativo que el término inglés tiene en francés, lo emplea cuando se quiere expresar ese matiz.

El intérprete transmite un mensaje y sabe que su responsabilidad inmediata es hacer comprender a los interlocutores presentes los conceptos expresados por el orador. Para

eso debe utilizar palabras que les sean comunes y, llegado el caso, explicar lo que, a menudo, no se puede traducir: juegos de palabras y chistes, por ejemplo. De esta manera, el intérprete colabora con el oyente y se asegura de que éste ha comprendido el mensaje.

Ahora bien, si el intérprete utiliza sus propias palabras para expresar las ideas del orador, el estilo en el que lo hace debe ser el del orador.

La mayoría de las ponencias presentadas en las reuniones internacionales, se efectúan en un nivel de lengua medio, como podría ser el del profesor en su cátedra o el del periodista que informa por radio o televisión. Este nivel, que pertenece a la vez a la lengua culta y a la lengua común es el de los temas tratados normalmente en las conferencias internacionales. Además, el registro medio corresponde a las formas de expresión de los miembros del estrato socio-cultural de donde proviene la mayor parte de los conferencistas. Este nivel de lengua es, al mismo tiempo, el registro habitual de los intérpretes y en el que se sienten más cómodos. Es por eso que, al interpretar exposiciones formuladas en este registro, el intérprete puede llegar a expresarse con el máximo de espontaneidad y de naturalidad. Pero existen también discursos cuyo registro es más elevado que el nivel medio. En esos casos, el intérprete, que debe adecuar su nivel de lengua al del orador, no puede dejarse llevar por su tipo de expresión habitual sino emplear un nivel de lengua que no maneja con tanta facilidad. Y esta es una obligación a la cual no puede sustraerse.

Para ser fiel, debe necesariamente utilizar el mismo registro de lengua que el orador.

Podríamos llegar a afirmar que la inobservancia del registro original lleva a una infidelidad de la traducción de consecuencias más graves que la causada por un error que el intérprete podría cometer. En efecto, si este último caso se presenta, y si el error es muy evidente, los oyentes, que son especialistas en el tema, lo advierten y casi inconscientemente operan la corrección. Sería el caso, por ejemplo, del error en una unidad de medida. Si en una exposición sobre toxicología, el intérprete usa el

término "gramos" en lugar de "miligramos", para referirse a cierto tipo de dosaje, esto no puede producir ningún malentendido.

Si el error es más discreto, el orador mismo puede llegar a disipar la duda. En los dos casos, se identificará al intérprete como autor del error.

Pero si el intérprete adopta un registro diferente con respecto al texto original, el oyente no va a pensar que se trata de una traducción insuficiente. El que quedará desacreditado es el orador, y esto es grave.

Antes de terminar con la etapa de reexpresión, digamos que el estilo cobra particular importancia cuando es preciso interpretar discursos de apertura de congresos, de bienvenida o de agradecimiento.

Hay que saber transmitir el halago, que agrada, la idea que conmueve y lograr que los aplausos del auditorio sean sinceros.

Estos discursos representan para el intérprete un verdadero desafío.

Digamos, para terminar, que la interpretación, en el verdadero sentido de la palabra, sólo es posible si los conocimientos del intérprete pueden hacer, en milésimas de segundos, que el habla se transforme en ideas y que estas ideas se vuelvan nuevamente habla.

Bibliografía

- Seleskovitch, D. - Lederer, M. *Interpréter pour traduire*. Didier érudition - Paris 1984.
- Seleskovitch, D. *L'interprète dans les conférences internationales*. Lettres Modernes - Paris 1968.
- Delisle, J. *L'enseignement de l'interprétation et de la traduction*. Éditions de l'Université d'Ottawa - 1981.

Ana María Granero de Goenaga es Profesora de Francés, Perito Traductora de Francés, Licenciada en Lengua y Literatura Francesas y Licenciada en Letras Modernas (Universidad de París VIII). Es, además, Profesora titular de Lengua Francesa III, Profesora interina de Introducción a la Interpretación, Profesora interina de Métodos y Técnicas de la Traducción, Profesora interina de Terminología y Documentación. Fue becaria del Gobierno francés y de la A.U.P.E.L.F., auspiciada por los gobiernos de Canadá y de la provincia de Quebec para asistir al Seminario de Perfeccionamiento en Traducción y Terminología organizado por la Universidad de Montreal.